

Los gérmenes que se infiltraron en la sociedad y en las ciencias desde el siglo XIII y si en el orden de la Providencia Tomás fué predestinado para curarlas, en él nosotros debemos ir á buscar el remedio.

Advertido por el espíritu de su vocacion, puede decirse que sus obras son las cruzadas contra el error, ó más bien, contra todos los errores:

Et alios victos, et ad alios vincendos arma reliquit.

Correspondiendo á la gracia, á él tocaba fijar la teología y para esto se apoyó en la Escritura y en la tradicion. Su admirable *Cadena de Oro*; su postilla *in librum Geneseos*, sus *Comentarios al libro de los Macabeos*, su *Exposicion á los Salmos* y al *Cántico de los Cánticos*; su *Explanacion de los Profetas y de los Evangelios* y su *Comentario al Apocalipsis* fueron los rayos que él reflejaba, como espejo purísimo, y el apoyo de su obra, y la muralla con que la rodeaba, trabajando con una mano y teniendo en la otra las armas para pelear las batallas del Señor.

En cuanto á la tradicion; tan necesaria para construir la ciencia, dice Monseñor de Cabrieres, Santo Tomás la poseía por completo. Todo lo conoce, todo lo ha leído y comentado de antemano en los textos originales. La tradicion del mundo Griego y de la escuela de Alejandría, está reasumida en Dionisio el Areopagita, Juan Damasceno y S. Juan Crisóstomo; la tradicion monástica de Oriente está compendiada en S. Basilio y S. Atanasio; la tradicion del mundo latino en San Agustin, San Ambrosio, Casiodoro y Boecio; y en San Gerónimo se encuentra la relacion de union de el Oriente y del Occidente. Santo Tomás las clasificó cada una en su rango y segun su utilidad, concluye diciendo el ilustre Obispo de Montpellier, y este invencible ejército, bajo su direccion, arrojó al error de todas sus trincheras.

Pero el gran Doctor hizo más; no despreció la ciencia de los paganos, y enriqueciéndose con los despojos de los Egipcios, les robó sus tesoros más preciosos. Obligó á Platon y á Aristóteles á filiarse en el ejército cristiano, les prestó sus alas y los hizo volar.

¡Qué leccion, Señores, para algunos modernos que desprecian las antiguas tradiciones de la ciencia, de la literatura y de la filosofía, gracias á las cuales no queda un vacio entre los hombres primitivos y los primitivos cristianos, tradiciones que son la sabiduría providencial de cuatro mil años! ¡Qué leccion para los que desdeñan la ciencia y la literatura antigua, porque sábios y literatos eran paganos, olvidando que la Sagrada Escritura recoge las palabras de Balaam y que San Pablo cita á los clásicos!

Santo Tomás no tenia miras tan estrechas, y como el buen padre de familias, sacó de su tesoro lo nuevo y lo viejo; él lo abrazó todo: donde quiera que encontró saber ó belleza, descubrió el dedo de Dios; él bautizó á los libros de los paganos, y él tambien al principio de su Génesis, separó la luz de las tinieblas.

Tomás comprendió que la filosofía de los paganos es el saber humano, la razon humana desarroyada; y el saber humano no se opone al saber divino de donde toma su origen, y la razon no se impide por la fé: *Nihil impeditur nisi á suo contrario.*

La filosofía era una esclava fugitiva de la casa de sus amos, y Santo Tomás, la hizo ocupar su lugar: *ancilla theologiae*, diciéndole á esta como el Apóstol á Filemon: *Tibi aliquando inutilis fuit, nunc autem tibi utilis..... Quem remisi tibi suscipe.*

Pues todavia más, Señores; él enobleció á la esclava, reengendrándola en Cristo, enviándola como ingenua, á su se-

ñora: *Jam non servum, sed pro seruo carissimum fratrem.* (1)

Y la teología recibió á su esclava como á su hermana, y la Razon siguió á la Fé, fijos siempre sus ojos en sus manos *sicut oculi ancillae in manibus Dominae suae.*

Por esto, Señores, escribió como filósofo, y su lógica, y sus *quodlibets*, y sus *quaestiones disputatae* son la carta que entregó á Onésimo para que se presentara á Filemon.

Después sube porque lo llaman á subir. Veréis como vuela sobre las alas de los vientos y como se levanta como un gigante por correr su carrera (2); pero su punto de partida es el cielo: *a summo coelo egressio ejus*; y como el luchador se retira y se replega en sí mismo antes de emprender la carrera, se entrega á él á la meditacion de los testimonios del Señor. *Super omnes docentes me intellexi quia testimonia tua meditatio mea est.*

Existian, Señores, los teólogos, pero no existia la teología; habia soldados dispersos, pero era necesario formar el ejército: Santo Tomás reunió á los Santos Padres, los metodizó, y él general, los hizo marchar como á valientes capitanes.

La teología, Señores, la teología antes del Santo, la teología, permitidme tomar de él mismo y aplicárselas, las palabras del artículo 1º q. 1—de la 1ª parte, como se las aplica algun autor cuyo nombre en estos momentos se me escapa: *A paucis et per longum tempus, et cum admixtionem multorum errorum, homini perveniebat.* Estas palabras hacen la historia de la teología antes de él.

Le era necesario reunir en una sola doctrina, las doctrinas de Boecio y de San Gerónimo, de San Agustín y de S. Juan

(1) *Ad Philem.*—16.

(2) *Exultavit ut gigas ad currendam viam: a summo coelo egressio ejus. Psal.*—18.—7.

Crisóstomo, de Beda y de los místicos de Oriente: en una palabra, su mision era llegar á la unidad, alumbrar á todos y dirigir á todos, llevando este trabajo paralelo al trabajo de ir á su vez alumbrando y dirigiendo á los peripatéticos, á los Platónicos y á los filósofos de la escuela de Alejandría: obra magna, Señores, que parece imposible llevar á cabo; y que no solo parece imposible, sino que lo era: *Apud homines hoc impossibile est, apud Deum autem, omnia possible sunt.*

Y posible ó imposible, Señores, Tomás lo hizo.

El estableció los principios de la Teología, los reunió todos como quien reuniera líneas iguales dispersas y colocándolas al rededor de un centro, las constituyera en radios de círculo: él estableció los medios, como quien reuniendo varias estrellas formara un firmamento: él dedujo las consecuencias como quien reuniendo haces de luz, formara un sol, y mil soles.

Así como la gracia sigue á la naturaleza, él hizo que la fé se acomodara á la razon, y dió á la Razon los ojos de la Fé. Porque la fé tiene sus ojos con los cuales ve que es cierto lo que no ve. (1)

Disputan, Señores, entre Abelardo, Ruscelino y Pedro Lombardo, quien fué el Padre de la Escolástica. Pero yo no creo que deba ser tomada por escolástica, aquellos primeros vagidos de la ciencia y de la forma, ni que aquellas nubes rosadas y lucientes de la aurora, puedan ser tomadas por el astro rey. Y si bien se finge por los poetas que la aurora engendra al sol, la verdad es que el sol es el padre de la aurora. Y no estrañéis, Señores, que suponga á Santo Tomás como Padre de los que le precedieron, porque Santo Tomás no

(1) *Fides habet oculos suos quibus quodam modo videt certum esse quod non videt. S. Agustin.*

tuvo otro espíritu que el espíritu cristiano, y fué el espíritu cristiano aquel espíritu de profunda análisis que creo á Ruscelino, al Maestro de las Sentencias y Abelardo.

El escolasticismo, si tal vez existia era un niño, y como niño lo halló Tomás; era un niño y si de él mismo le pidieran testimonio, no respondería sino con las palabras del Apóstol: *Parvulus ut parvulus loquebar*; pero llegó Tomás, y si *percussit Saul mille, David decem millia*. (1)

He dicho si tal vez existia, porque al contemplar la altura á donde Tomás elevó á la escolástica, la fuerza de que la dotó, la universalidad que infiltró en ella, la vida inmortal que le infundió, nos veremos precisados á considerar histórica y filosóficamente á Abelardo, á Ruscelino y á Pedro Lombardo, no como los padres, sino como los precursores de la Escolástica; como sus anunciadores, como las voces que clamaban en el desierto, en espera del que debia de venir, y hablar en medio del gentio, arrastrando tras sí á la muchedumbre.

Pero llegó Tomás, que entendió más que ellos, *super docentes intellexi*, y elevando lo más elevado, y aclarando lo más oscuro, y profundizando lo más claro, pudo ver como José, que el sol, la luna y las estrellas se postraron á adorarle.

No preguntéis, Señores, quien fué el padre de la Escolástica. Si Dios dió la materia para la ciencia de Dios, y Tomás dió la forma, escogido por Dios, preguntad al que con mision divina meditaba los testimonios del Señor, para saber cómo se formó esa nueva escala de Jacob, que bajó del cielo á Tomás, para subir de Tomás al cielo.

Para convencernos de que este prodigio que puso Dios sobre la tierra, fué el verdadero padre de la Escolástica, supongamos por un momento que Tomás no ha existido: borré-

(1) *Reg. I.—18.—7.*

moslo del libro de la historia: suprimamos su filosofía y su teología, y el vacío inmenso que quedará, responderá elocuentemente, si otro alguno puede llevar el título de padre de la Escolástica.

Sin Tomás, ni Escoto, ni Petavio, ni Suarez hubieran existido: sin Tomás, los que hoy son radios de círculo, no serían más que líneas dispersas, por faltar el centro. Tomás dió este centro, porque su mision fué la unidad.

Sí, Señores, él hizo una la filosofía, él hizo una la teología, é hizo una de la teología y de la filosofía.

Puede decirse de Tomás, que como Josué paró al S. I.

No quiero decir, Señores, que despues de Tomás no pudieran nacer nuevas doctrinas, pero sí, que no debieron nacer doctrinas nuevas; porque estas debieron haber nacido, no contra él, sino bajo de él; lo que quiero decir es, que la teología de Tomás, en la Iglesia una y universal, es la teología formalmente universal, y lo que es formalmente universal, vosotros lo sabeis, es uno y apto para estar en muchos inferiores. La unidad formal positiva, comprende, lógicamente, la unidad formal en la esencia de una misma naturaleza en todos los interiores de esta naturaleza, y todas las doctrinas no serían, no debieran ser más que una misma doctrina.

Las escuelas que se han empeñado en apartarse del Sol de las escuelas, reciben de él aunque no quieran, el calor y la vida, y si se alejan tanto que se aparten tambien de esta vida y de este calor, se quedan sin calor y sin vida.

Permitidme aquí un breve paréntesis, que corazón é inteligencia de acuerdo me dictan: Yo no pretendo comprender en las anteriores palabras al gran Doctor Duns Escoto, aunque se comprendan en ellas muchos de los que se llaman sus discípulos: no puedo, no debo, no quiero decir nada

contra el que mañana me verá obligado á adorar en los altares.

Escoto, Señores, al pulverizar con los rayos de su elocuencia á los enemigos de la Inmaculada Concepcion, no combatía á Sto. Tomás, sino á los adulteradores de las obras de Santo Tomás, y aun la doctrina tomística, más bien que el Doctor Sutíl, la combaten los que toman el nombre de sus discípulos y no entienden la sutíl doctrina del que llaman su maestro, y yo tengo como cierto, cual lo tiene un teólogo español, que Escoto no fué adversario de Santo Tomás: *Tanquam certum habendum, Scotum S. Thomae adversarium non fuisse* (1).

Solamente tres veces nombra á Santo Tomás el Doctor de la Inmaculada, y lo hace siempre con respeto, y si alguna vez su opinion difiere de la opinion del Angélico, lo hace con gran modestia y jamás se le escapa palabra alguna que parezca faltar á la veneracion debida al gran Maestro.

El no impugnó, como pretende creerse, sistemáticamente la doctrina del Angel de las escuelas: *Nec ipsius oppiniones systematicè voluisse convellere. Scotus, veritatis amore ductus, S. Thomae oppiniones expendit, sicut expendit oppiniones philosophorum et theologorum suo tempore celebriores* (2), y Ferch, en su apologético hace notar que el Doctor Mariano, en sus disputas escolásticas, siguió la regla de San Agustin: *In necessariis unitas, in omnibus caritas* (3).

Perdonad este paréntesis, y contemplemos al Aguila de la teología dando cima á su grandiosa empresa.

Lo hemos visto, Señores, dominando á trece siglos, y más

(1) Jimenez de Samaniego.

(2) Vide Sanchez.

(3) Vita Scoti.—Apologet.—lib. III.—n. 13.

aun, dominando á los tiempos todos de la antigua filosofía, organizando á los Santos Padres, uniendo á los teólogos, ordenando los principios, haciendo saltar la luz de las nubes más oscuras. Yo comparo su trabajo, al trabajo de Dios en el tercer dia de la creacion, separando las aguas, y congregando todas las aguas que estaban debajo del cielo, en un lugar único.

Contemplémoslo, Señores, en la soledad, á donde Dios lo habia llevado para hablar á su corazon; fijemos la asombrada vista en él que sembraba y en él mismo que regaba, pero sobre todo en Dios que es el que dá el incremento; veamos como supo corresponder á la gracia, y cual era su preparacion continua para cumplir continuamente con su mision: *Totus divinis operibus intentus*, dice el Papa Juan XXII, *aut eruditione qua praecebat, aut predicationi qua immotus erat, aut orationi qua devotus, aut Scripturae Sacrae qua profundus, sedulus vacabat, adeo ut praeter naturalis necessitatis aut quietis horas, nullum sibi aut vix temporis spatium relinqueret otiosum.*

Así formó sus admirables obras, pasmo de los siglos, espectáculo digno á los ángeles y á los hombres.

¿Qué falta en ellas? En ellas Señores, nada falta.

En ellas encerró todas las verdades, como todas las aguas en el mar; él con ellas aniquiló todos los errores, como el fuego á todo el holocausto.

Pavit omnes, dice el Nazianceno hablando de San Basilio, y puede igualmente aplicarse á Santo Tomás, *pavit omnes et quonam pacto? Audi: Apertis orationi sua et cohortatione locupletum horreis, facit quod est in Scriptura: Cibus essurientibus frangit, panibusque pauperes satiat, alitque eos in fame atque essurientes animas implet bonis.*

Le prestó sus alas la fé y Juan el Evangelista su pluma, ó más bien, Juan le prestó su corazón para amar, y amando voló con alas de fuego.

Así formó su ciencia, la ciencia de él, la escolástica, y entre los grandes timbres de su gloria, no es el menor la preciosa joya que colocó Pio Magno en su corona, declarando, en la proposición XIII del Syllabus, la alteza de la escolástica, y condenando á los que se atreven á rechazarla: *methodus et principia*, dice la proposición condenada, *quibus antiqui doctores Scholastici Theologiam excoluerunt, temporum nostrorum necessitatibus scientiarumque progressui minimé congruunt*. Y tomando las reglas de oposición, de las mismas enseñanzas de Tomás, los católicos todos debemos tomar la contradicción, lo que equivale á confesar á Tomás, como el Maestro del Siglo XIX.

No pudiera ser de otro modo, pues sus obras son el prodigio, los prodigios, la suma de prodigios que puso Dios sobre la tierra. Fácil muy fácil sería, indicar en ellas el uso de los lugares teológicos, y todas las proposiciones del Syllabus, pudieran también extraerse, casi testualmente, de las obras del Santo Doctor.

Con extrema sencillez desenvuelve lo que hasta él había sido más dificultoso, y siempre sus consecuencias vienen á arrojar torrentes de luz, sobre los mismos principios de donde las ha deducido. Su palabra es una luz, y con ella parece que no hacemos otra cosa más que ver. Las verdades teológicas, lo mismo que las verdades filosóficas, las demuestra ó más bien, las muestra al entendimiento, y en todas sus obras, *sicut audivimus sic vidimus*, y me atrevo á decir que cuando lleguemos á la Patria, como de su boca lo escuchamos, así será como lo veremos.

¡Cuán admirable es Dios en sus santos! ¡Cuán admirable es Dios en Tomás! ¡Cuán admirable es en cada una de sus páginas! Con razón, Señores, el grande Agustino, hablando de la oración, exclamaba: *Nihil religione nostra sublimius*.

Tomás á la oración acudía en sus dudas, y veces varias sucedió que un ángel, para él visible, ó San Pedro ó San Pablo, visiblemente también, se las resolvieran. El testimonio no es dudoso, es el testimonio que un ángel dá de otro ángel, el testimonio que dá el Ángel del Apocalipsis, del Ángel de las escuelas: *Quando Divo Thomae dubia occurrerant*, dice S. Vicente Ferrer (1) *statim ab angelo, vel ab apostolis Petro et Paulo, ei visibiliter apparentibus, certificabatur*.

¡Qué admirable es Dios en sus Santos! ¡Qué admirables son los Santos de Dios! ¡Qué admirable es Tomás de Aquino!

Siempre cumpliendo con su misión, que era dar la unidad á la Iglesia una, todos sus esfuerzos tienden á hacer converger las verdades todas á un solo punto, y también, Señores, reuniendo los errores como en haces, los obliga á converger al punto de su solución.

Y como para dar esa unidad le era necesario, no solo disipar los errores de los siglos anteriores, sino los que vendrían después de él, fué un profeta para ver, para combatir, para pulverizar hasta las grandes herejías del siglo XIX, hasta las últimas herejías.

Se ha dicho de la INMACULADA que adivinó el Evangelio, nosotros podemos decir de Tomás que adivinó al Antecristo.

(1) *Serm. Sanct. Vincent. Ferr.*